

J. Jefferson Farjeon

MISTERIO EN BLANCO
(Una novela negra navideña)

Traducción del inglés de
Alejandro Palomas

 Siruela

Libros del Tiempo / Biblioteca de Clásicos Policiacos

El tren aislado por la nieve

La gran nevada dio comienzo la tarde del 19 de diciembre. Aquellos que habían salido de compras sonreían mientras regresaban presurosos a sus casas, especulando sobre las posibilidades de disfrutar de una blanca Navidad. Sin embargo, sus esperanzas se vieron frustradas cuando al encender la radio escucharon la voz suave e impersonal del locutor de la BBC anunciando que un anticiclón se acercaba despiadado desde el noroeste de Irlanda, y el día 20 llegó el calor, convirtiendo la nieve en granizo y tiñendo la delgada capa blanca de un marrón fangoso.

—¡Este año no! —suspiraron los desilusionados sentimentales al tiempo que se deslizaban por la nieve medio derretida.

Pero el día 21 la nieve volvió a caer, y esta vez de verdad. El marrón se tornó nuevamente blanco, el runrún del tráfico quedó amortiguado también las huellas de las ruedas, así como las pisadas de los paseantes, todas las huellas, se borraban en cuanto aparecían. Los sentimentales no cabían en sí de gozo.

Negó durante todo el día y toda la noche. El día 22 seguía nevando. Volaron las bolas de nieve y aparecieron también los muñecos. Los niños más escépticos volvieron a creer en el país de las hadas y los adultos más resentidos se sintieron como Papá Noel, comprando más regalos de lo que en un principio tenían previsto. Por la tarde, viajando por el infinito éter blanco, la voz

del locutor informó, a los millones de oyentes que se anunciaba más nieve. El anticiclón del noroeste de Irlanda se había perdido en ella.

Y así fue: cayó más nieve, que descendió flotando desde su ilimitada fuente como un inmenso extintor. Los barrenderos, impacientes por hacerse con su cosecha, esperaban en vano a que dejara de nevar. La gente empezó a preguntarse si dejaría de hacerlo en algún momento.

La cuestión sobrepasó los límites del interés local. El día 23 se había convertido en noticia. El 24, en molestia. Los más prácticos maldecían. Hasta los sentimentales se preguntaban cómo iban a cumplir con sus agendas. El tráfico estaba desbaratado. Los coches y los autobuses no se dejaban gobernar. Las brigadas de mantenimiento del ferrocarril combatían contra los montículos de nieve acumulados por el viento. La posibilidad de deshielo, con su tremenda labor de transformación, se volvió cada vez más alarmante.

Sin embargo, el viejo pelmazo que viajaba junto a otros cinco pasajeros en un vagón de tercera clase de un tren que había salido a las 11:37 horas de Euston, se negaba a ser presa de la alarma. De hecho, aunque el tren había sufrido un parón no oficial y todo apuntaba a que se prolongaría, desestimó ostensiblemente la situación como si se tratara de una minucia, con la superioridad de un hombre viajado.

—Si de verdad quieren saber lo que es la nieve deberían conocer el Yukon —le comentó a la joven que viajaba sentada a su lado.

—¿Ah, sí? —murmuró ella obediente.

Era corista y su conocimiento del mundo se limitaba a las pertinentes visitas a algunas ciudades de provincias. El destino que la esperaba era Manchester, que, visto el estado del tiempo, se presentaba como algo bastante remoto.

—Recuerdo que una vez, en Dawson City, nevó durante un mes entero —prosiguió el viejo pelmazo, mientras el joven que ocupaba el asiento de la esquina opuesta a la de la corista pensaba: «Santo cielo, ¿va a volver a la carga?»—. Fue en 1899. No,

en 1898. En fin, uno de los dos. Yo era un chiquillo en aquel entonces. ¡Terminamos hartos!

—Pues yo ya estoy harta de esta maldita nieve —replicó la corista, girando la cabeza hacia la ventanilla. Lo único que pudo ver fue una cortina de copos blancos—. ¿Alguien sabe cuánto tiempo más vamos a tener que esperar aquí? Llevamos una hora parados.

—Treinta y cuatro minutos —la corrigió el joven alto y pálido del asiento central de enfrente tras echar una mirada a su reloj. Aunque no tenía marcas en la piel, por su aspecto bien podría haberlas tenido. Su rostro pálido era en parte consecuencia del ambiente que reinaba en la oficina del sótano donde trabajaba y de una fiebre cada vez más alta. Tendría que haber estado en cama.

—Gracias —dijo la corista con una sonrisa—. ¡Ya veo que con usted hay que andarse con cuidado!

El oficinista esbozó una leve sonrisa. Estaba impresionado por la belleza de la mujer, una rubia platino de los pies a la cabeza y una persona maravillosa a la que llevar a cenar, siempre que uno tuviera el valor necesario para hacer esa clase de cosas. El oficinista decidió que el pelmazo habría tenido ese valor, pues había reparado en las miraditas disimuladas y fugaces que el hombre iba lanzando entre sus vanidosas aseveraciones. Hasta le pareció incluso que quizá la corista aceptaría una invitación. Había en ella una vulnerabilidad que intentaba ocultar bajo todo ese aplomo que mostraba. Pero el oficinista estaba todavía más impresionado por la otra joven del compartimento, la que iba sentada al otro lado del pelmazo. Sacarla a cenar sin duda le proporcionaría algo más que una mera excitación momentánea, desbaratando por completo su trabajo. La joven era morena y tenía una figura alta y ágil (la corista era más bien baja). El oficinista tuvo la certeza de que tenía que ser buena jugando al tenis y de que seguramente se le daba bien nadar y montar a caballo. La visualizó al galope por los páramos y saltando vallas de cinco barras, mientras su hermano intentaba en vano atraparla. El hermano de la joven iba sentado en el rincón, enfrente

de ella. No había más que escuchar la conversación que ambos mantenían para saber que era su hermano, aunque también era fácil adivinarlo por el parecido entre los dos. Se llamaban entre sí «David» y «Lydia».

Lydia fue la siguiente en hablar.

—¡Esto está sobrepasando todos los límites! —exclamó. Su voz tenía un tono grave y profundo—. ¿Y si volvemos a preguntar al revisor si hay alguna esperanza de salir de aquí antes de junio?

—Se lo he preguntado hace diez minutos —dijo el pelmazo—. ¡Y no repetiré lo que me ha dicho!

—No será necesario —intervino David medio bostezando—. Tenemos imaginación.

—¡Sí, y todo parece indicar que vamos a necesitarla esta noche! —trinó la corista—. ¡Tendré que imaginarme que estoy en Manchester!

—¿No me diga? Nosotros tendremos que imaginarnos que estamos en una cena de Navidad y que dormimos en camas mullidas —respondió Lydia sonriente—. Por cierto, si esto va a alargarse toda la noche, ¡espero que por lo menos la compañía ferroviaria nos dé bolsas de agua caliente! —De pronto, su mirada se cruzó con la del oficinista. Le sorprendió la admiración que advirtió en sus ojos y fue amable con él—. ¿Qué tendría que imaginar usted? —preguntó.

La catástrofe de la tormenta de nieve y la camaradería de la Navidad estaban empezando a soltar la lengua de los pasajeros. El pelmazo era el único que no había necesitado que le animaran a ello.

El oficinista se sonrojó, aunque ya tenía ya las mejillas encendidas a causa de la fiebre.

—¿Eh? ¡Ah! Una tía —balbuceó.

—¡Si es como la mía, mejor dejarla al poder de la imaginación! —Lydia se rio—. Aunque seguramente no lo sea.

La tía del oficinista no era como la de Lydia. Era aún más difícil. A pesar de eso, su solícito sobrino le hacía visitas periódicas, en parte por el bien de su futuro económico y en parte

porque no podía evitar una secreta debilidad por las personas que se sentían solas.

En el grupo se hizo de pronto un breve silencio. La única que le dio importancia fue la corista. Una desazón nerviosa se adueñó de su alma, y más tarde declaró que estaba segura de haber sido la primera en adentrarse inconscientemente en la sombra de los acontecimientos venideros. «Porque, santo cielo, estaba con el alma en vilo —dijo—, y en realidad sin motivo. Me refiero a que todavía no había ocurrido nada y hasta ese momento el anciano no había abierto la boca. Creo que ni siquiera había abierto los ojos, así que bien podía estar muerto. Y además, ¡no olviden que estaba sentado justo delante de mí! Y dicen que soy vidente».

Sin embargo, sus vagas premoniciones no se centraban solo en el anciano del rincón. También se había percatado de las fugaces miradas de soslayo que le lanzaba el viejo pelmazo, que, como muy bien sabía, no era tan viejo como para no pensar en ella de un modo muy particular. También reparó en los ojos del oficinista sobre su pierna y en cómo evitaba de forma estudiada cualquier muestra de esa clase de interés por parte del otro joven. Pero si bien era cierto que Jessie Noyes era consciente de la atracción física que provocaba, defendía que esa era su obligación. Estaba perfectamente al corriente de su poder y de las limitaciones de este y, mientras que el poder, a pesar de los pequeños arrebatos de excitación, le infundía un temor secreto, los límites de ese poder eran para ella una fuente de aflicción también secreta. ¡Qué fantástico sería tener poder para conquistar a un hombre completa y eternamente, en vez de ser solo un efímero capricho! En cualquier caso, el asunto no le preocupaba. Se sentía inquieta, nerviosa y acalorada. Así era la vida...

Dejándose llevar por la agitación, e incapaz de soportar el peso del silencio, lo interrumpió exclamando de pronto:

—¡Bien, sigamos! ¡Somos solo cuatro! ¿Y usted? ¿Qué debería imaginar?

La pregunta iba dirigida, no con demasiado acierto, al pelmazo.

—¿Imaginar? ¿Yo? —respondió él—. No creo tener la costumbre de imaginar. Mi lema es tomarme las cosas como vienen, ya sean buenas, malas o indiferentes. Eso se aprende cuando la vida te ha curtido como lo ha hecho conmigo.

—Quizá yo pueda ser más interesante —dijo el anciano que estaba sentado en el rincón, abriendo de pronto los ojos.

No, no estaba dormido ni muerto. De hecho, había oído todo lo que se había dicho en el compartimento desde que el tren había partido a las 11:37 de Euston envuelto en una nube de vapor, lo que provocó que más de una de las cinco personas que en ese momento se volvieron a mirarle se sintiera un poco incómoda. Y no es que el anciano hubiera oído nada que no debiera, pero un hombre que escucha con los ojos cerrados y cuya mirada se muestra tan peculiarmente vivaz cuando los abre —eran como un par de pequeñas lámparas que iluminaban cosas invisibles para los demás— no es el mejor tónico para unos nervios crispados.

—Adelante, señor, por favor —respondió David tras una breve pausa—. Invente para nosotros una historia realmente buena. Sin duda las nuestras han sido aburridas.

—Ah, la mía es interesante sin tener que recurrir a la invención —respondió el anciano—. Y por cierto, es muy apropiada para la estación. Voy a entrevistarme con el rey Carlos I.

—¿En serio? ¿Con o sin cabeza? —preguntó David en tono educado.

—Espero que con ella —respondió el anciano—. Me han informado de que está completo. Tenemos que reunirnos en una vieja casa de Naseby. A decir verdad, no estoy seguro de que la entrevista vaya a tener lugar. Puede que Carlos I sea tímido, o quizá resulte ser un caballero de lo más corriente que intenta ocultarse de Cromwell y de Fairfax. Después de trescientos años, la identidad se vuelve un poco confusa. —Sonrió con un toque de cinismo—. O puede que el rey... *non est* y solo sea fruto de la imaginación de ciertas personas nerviosas que creen haberlo visto merodear por la zona. Aunque, como es lógico —añadió arrugando sus delgados labios—, existe la po-

sibilidad de que realmente esté. Sí, sí. Si ese monarca sobradamente maligno y sobradamente glorificado visitó la casa el día de su derrota y si las paredes de la casa han conservado algunos incidentes emocionales que yo pueda liberar, quizá podremos sumar una página interesante a nuestra historia.

—No quisiera ser grosera —exclamó Lydia—, pero ¿usted cree en esa clase de cosas?

—¿A qué se refiere exactamente con «esa clase de cosas»? —preguntó el anciano.

Su tono era de desaprobación. El pelmazo decidió intervenir.

—¡Fantasmas y supercherías! —gruñó—. ¡Bah! ¡Bobadas y estupideces! Yo he visto el número de la cuerda india. Sí, ¡y descubrí su truco! En Rangún. En 1923.

—Fantasmas y supercherías —repitió el anciano, cuya desaprobación se desvió hacia el pelmazo. La voz del revisor resonó en el pasillo a lo lejos. Aunque débil, la fuente de la que provenía esa voz fue suficientemente sólida—. Hum... son términos engañosos. El verdadero lenguaje carece de palabras, lo cual explica, señor, por qué algunas personas que abusan de ellas no son en absoluto comprensivas.

—¿Eh?

—Sí con la expresión «fantasmas y supercherías» se refiere usted a emanaciones conscientes, secuelas de una existencia física capaces de funcionar de manera independiente de un personaje parcialmente terrenal, entonces debo decir que no creo en esa clase de cosas. Hay otros, por supuesto, cuyas opiniones respeto, que están en desacuerdo conmigo. Consideran que usted, señor, está condenado a existir a perpetuidad en una u otra forma. Quizá sea una idea deprimente. Pero si por «fantasmas y supercherías» se refiere usted a las emanaciones recreadas por una aguda sensibilidad vital o por la inteligencia resultante de los inagotables depósitos del pasado, en ese caso debo decirle que creo en esa clase de cosas. Inevitablemente.

El pelmazo se quedó desarmado unos instantes. Y lo mismo le ocurrió a la corista. Pero los dos hermanos, deseosos de estar

au fait de cada una de las fases del pensamiento progresivo, aunque solo fuera para poder descartarlo, y dotados de la suficiente fortaleza como para enfrentarse a las conmociones que este pudiera provocar en ellos, estaban intrigados.

—Resumiéndolo en palabras de no más de tres sílabas —dijo David—: ¿quiere usted decir que puede conjurar el pasado?

—«Conjurar» no es el término adecuado —respondió el anciano—. Implica el uso de la magia, y no hay nada de mágico en el proceso. Podemos revelar (exponer) el pasado. Nada ni nadie puede erradicarlo.

—¡Bobadas! —exclamó el pelmazo.

No le gustaba que le tocaran al hablar, pero el anciano que acababa de hacerlo se inclinó hacia delante y repitió el gesto.

—¿Qué es la simple grabación de un gramófono sino una grabación del pasado? —preguntó, dándole al pelmazo una palmadita en la rodilla—. Aunque Caruso esté muerto, hoy podemos oír su voz. Y eso no es obra de la invención sino del descubrimiento, y si este hubiera ocurrido hace trescientos años yo no habría tenido que viajar hoy a Naseby para oír la voz de Carlos I. Eso, claro está, si es que consigo oírla. Pero la naturaleza no espera a nuestros descubrimientos. Eso es algo que muchos ignorantes olvidan. Sus ondas sonoras, sus ondas lumínicas, sus ondas de pensamiento y sus ondas emocionales, por mencionar algunas de las que componen el limitado rango de nuestros sentidos y percepciones particulares, viajan incesantemente, algunas sin interrupción, otras hallando prisiones temporales en las obstrucciones en las que se incrustan. Estas pueden menguar hasta devenir nimias influencias, o (atención) pueden volver a liberarse. Las ondas capturadas, por supuesto, son solo un fragmento de la fuente original. En potencia, todo lo que ha existido, todo lo que han creado los sentidos, puede recuperarse con ellos. Por fortuna, señor, no habrá ninguna grabación para gramófono de su improperio. Aun así, además de la débil marca que ha dejado en la memoria, su «Bobadas» perdurará en el tiempo.

Sorprendentemente, el pelmazo decidió plantar batalla, aunque su reacción fue más bien como una agonía.

—Pues aquí tiene otro para acompañar al anterior: ¡bobadas! —replicó.

—Así no deberá usted temer por la soledad de sus palabras —respondió el anciano.

—¿Y qué me dice de las suyas?

—También ellas prevalecerán, aunque no es probable que ninguna generación venidera recupere nuestra conversación actual. A pesar del evidente desagrado que sentimos el uno hacia el otro, nuestras emociones no son lo bastante viriles. No tardarán en borrarse incluso de nuestra memoria. Pero suponga... sí, suponga, señor, que de pronto se vuelven explosivas. Suponga que se abalanza usted sobre mí con un cuchillo, clavándolo en el corazón del señor Edward Maltby, de la Real Sociedad de Psicología. En ese caso, es indudable que alguna persona que en el futuro ocupe este asiento quizá se sienta incómoda al percibir una emoción muy desagradable.

Volvió a cerrar los ojos, pero sus cinco compañeros de viaje tuvieron la impresión de que seguía viéndolos a través de los párpados. El fornido revisor, que en ese momento se acercó por el pasillo, fue consultado con alivio, aunque el hombre no pudo ofrecer consuelo alguno.

—Me temo que no puedo decir nada. —Era su respuesta a todas las preguntas, repitiendo una fórmula de la que estaba ya cansado—. Hacemos todo lo que podemos, pero con la vía bloqueada por delante y por detrás... En fin, qué puedo decir.

—¡Es una desgracia! —murmuró el pelmazo—. ¿Dónde está la maldita brigada quitanieves o como diantre se llame?

—Estamos intentando encontrar ayuda. No podemos hacer más —replicó el revisor.

—¿Cuánto tiempo cree que seguiremos aquí?

—Ya me gustaría a mí saberlo, señor.

—¿Toda la noche? —preguntó Lydia.

—Es posible, señorita.

—¿Se puede caminar por la vía?

—Solo un pequeño tramo. Más adelante la situación es aún peor.

—¡Oh, cielos! —murmuró la corista—. ¡Tengo que llegar a Manchester!

—Lo pregunto porque quizá haya otra línea u otra estación cerca de aquí —dijo Lydia.

—Bueno, está Hemmersby —respondió el revisor—. Es un ramal que se une a esta línea en Swayton, pero yo no lo intentaría, no con este tiempo.

—Es este tiempo lo que nos incentiva —apuntó David—. ¿A qué distancia está Hemmersby?

—No sabría decirlo. A unos ocho o diez kilómetros, quizá.

—¿En qué dirección?

El revisor señaló al exterior desde la ventanilla del pasillo.

—¡Sí, pero no podremos cargar con nuestros baúles! —exclamó Lydia—. ¿Qué será de ellos?

El revisor se encogió levemente de hombros. La locura no era asunto suyo, y desde luego se enfrentaba a ella con mucha asiduidad.

—El equipaje permanecerá en el tren hasta llegar a su destino —respondió—, pero no sabría decir cuándo será eso.

—Según usted, aparecerá antes que nosotros —intervino David con una sonrisa.

—Usted lo ha dicho —respondió el revisor antes de proseguir su camino, harto de la conversación.

Siguió un breve silencio. Lydia dejó de mirar al pasillo y al volverse clavó la vista en la ventanilla del compartimento.

—Ya casi ha dejado de nevar —anunció—. Y bien, ¿qué proponen?

—«Casi» no es del todo —respondió con cautela su hermano.

Siguió un nuevo y breve silencio. Jessie Noyes se miró la punta de los zapatos, temerosa de comprometerse. El oficinista de las mejillas encendidas parecía estar en la misma tesitura. La expresión del pelmazo, por otro lado, era decididamente desfavorable.

—Eso es buscarse problemas —declaró al ver que nadie más hablaba—. Quizá ninguno de ustedes se ha perdido en una tormenta de nieve, pero yo sí.

—Ah, pero eso fue en Dawson City —murmuró David—, donde cuando nieva, nieva.

Entonces ocurrió algo sorprendente. El anciano abrió de pronto los ojos y se irguió en el asiento. Miró fijamente al frente, pero Jessie, que estaba en su línea de visión, habría jurado que no la veía. Un instante después, el hombre se volvió hacia el pasillo. Al otro lado de la ventanilla del pasillo algo se movió: una borrosa mancha blanca que se fundió en el inmenso manto de nieve mientras todos la miraban.

—La otra línea... sí, sí, es una muy buena idea —dijo el anciano—. ¡Feliz Navidad a todos!

Cogió su bolsa de viaje del portaequipajes, cruzó de un salto al pasillo, salió del tren y en cuestión de segundos también él había desaparecido.

—¡Ahí va un pirado donde los haya! —comentó el pelmazo.